



PRIMER ENCUENTRO

Una fuerte ráfaga de viento repentina recorrió el lúgubre pasillo y apagó la luz de la antorcha que Adora usaba para alumbrar el camino. La ausencia de ventanales hacía difícil discernir las formas que la rodeaban, parecía que una horda de monstruos la acecharan desde las sombras si le daba alas a su imaginación. No dejó que el miedo hiciera presa de ella, no podía permitírselo. El futuro de su gente dependía de lo que pudiera encontrar en el castillo, y un poco de oscuridad no iba a hacer que se acobardara. La estancia cobraba un nuevo sentido en ausencia de la luz, las paredes parecían inclinarse hacia ella, asfixiantes, como si quisieran atraparla y evitar su avance. Siguió caminando por la galería, sus pasos resonando en las paredes desnudas. “Es extraño que un palacio tan suntuoso como este no tenga cuadros decorando las habitaciones, a los nobles siempre les ha gustado aparentar más de lo que tienen” pensó Adora. La flanqueaba un ejército de armaduras vacías a cada lado, sus yelmos vacíos dirigidos hacia el frente con las miradas huecas. Se acercó a uno de ellos con curiosidad y observó que en el pecho presentaba un escudo de armas, pero la oscuridad no le permitió distinguir su forma. Estaba tan concentrada examinando la armadura que no se percató de la sombra que la acechaba desde el techo. La criatura vigiló su avance con los ojos entrecerrados, cuidándose mucho de no dejarse ver. Todavía no era el momento.

Los pasos de Adora la llevaron hasta un enorme portón doble, enmarcado por un borde de bronce que le daba un aspecto majestuoso. Probó a tirar del manillar y éste cedió con facilidad permitiéndole la entrada en la estancia. Abrió los ojos con sorpresa. La sala estaba iluminada por lámparas de araña acristaladas, y ante ella se desplegaban enormes estanterías que cubrían cada una de las paredes y llegaban hasta el techo, todas ellas repletas de libros. Libros y más libros, de todos los tamaños y colores, más de los que pudiera leer en una vida. Siempre le habían fascinado, las historias que podían encerrar, lo que podría aprender de ellos...si tan solo supiera leer. Era su mayor vergüenza. En la aldea se necesitaban todas las manos disponibles para trabajar en el campo, y la educación se reducía a aprender a escribir tu nombre lo suficientemente bien como para que lo entendieran los demás, pero Adora nunca había tenido la oportunidad de aprender a leer. Siendo huérfana, la habían criado entre todos los del pueblo, y ella no podía estar más agradecida, pero la escuela estaba reservada para los que podían pagarla, y ese no era su caso. Uno de los tomos le llamó especialmente la atención, un volumen que estaba abierto de mala manera en uno de los escritorios. Estaba encuadernado en cuero negro y presentaba grabados plateados en la portada. Aunque no supo descifrar el significado de los símbolos, en la cubierta se veía claramente el dibujo de un vampiro. Tenía manchas de tinta en los márgenes, como si alguien lo hubiera estado consultando recientemente. Quedaba claro que el castillo no estaba tan vacío como había parecido en un primer momento. Adora lo cogió y empezó a ojearlo, ensimismada por el nivel de detalle de las ilustraciones, a cada cual más macabra. La sombra que la acechaba aprovechó su distracción para descolgarse del techo, cayendo a su espalda en silencio. Se incorporó, aproximándose con sigilo y acercando su nariz a la nuca de Adora. Inhaló profundamente, y la fragancia de la muchacha inundó sus sentidos. Sudor y jazmín, una mezcla agridulce. Se le hizo la boca agua. Notó como los colmillos se le alargaban instintivamente, pero intentó controlarse. Sabía que no podía beber. Pero sí que podía divertirse un poco, y ya de paso darle un buen susto a esta humana entrometida que manoseaba sus libros sin permiso. Hacía mucho que nadie se aventuraba en su castillo, se había asegurado de que no lo hicieran, pero parecía que los bulos que había hecho correr en el pueblo estaban perdiendo su efecto. Tendría que hacer algo al respecto. En un movimiento rápido, sujetó a la chica por la cintura inmovilizándola contra su pecho, mientras con la otra mano enredaba los dedos en su dorada



melena exponiendo su cuello. La muchacha dejó escapar una exclamación de sorpresa cuando notó los colmillos de la vampira atravesar su carne, justo lo suficiente como para dejar brotar la sangre. No permitió que el cálido líquido acariciara su lengua, perdería el control si lo hacía, así que se apartó de ella en cuanto las primeras gotas de su sangre mojaron sus labios. Aun así fue capaz de saborearla. Su sangre era dulce, aterciopelada y su sabor quedó atrapado al fondo de su garganta. El ansia se apoderó de ella dejándola sin respiración por un momento. Un deseo casi irrefrenable la instaba a rajarle la garganta a la chica y beber hasta saciarse. Notó como el rojo de la sangre inundaba sus pupilas mientras observaba a su presa. Había caído al suelo y se agarraba el cuello incrédula, mirándola con los ojos desmesuradamente abiertos.

Adora intentó controlar los temblores que la recorrían de arriba abajo mientras cubría la herida de su cuello bloqueando la hemorragia. Solo había sido un rasguño, pero el ataque la había pillado desprevenida y por un momento había tenido miedo de morir. Podría haberlo hecho, si la criatura que tenía ante ella ahora hubiese querido. Las sombras de la estancia ocultaban su rostro y no le permitían distinguir sus facciones. Cuando por fin consiguió dejar de temblar se armó de valor y dijo:

- ¡¿A qué ha venido eso?! No esperaba un recibimiento caluroso, pero atacar a los visitantes es una buena manera de ganarte la mala fama que te precede – tras decirlo de repente se sintió estúpida. La dueña del castillo casi le había abierto la garganta a modo de bienvenida y a ella no se le ocurría otra cosa que intentar darle clases de protocolo. PERFECTO.

La criatura avanzó por fin, quedando iluminada por la luz de la luna que se colaba por uno de los grandes ventanales de la biblioteca. Era menuda, y tenía la piel aceitunada. Una larga melena castaña le caía hasta media espalda, enmarcada por una tiara plateada en la frente que tenía una gema rojo sangre engastada en su centro. Vestía un traje peculiar, mitad armadura mitad vestido, con una larga cola transparente que parecía flotar como movida por una brisa sobrenatural. Pero lo que más llamó la atención de Adora fueron sus ojos dispares, uno azul y el otro dorado, que relucían con un brillo peligroso a la luz de la luna. Era la criatura más hermosa que había visto nunca, y probablemente también la más peligrosa. Sacudió la cabeza para romper el embrujo. Había intentado matarla. La desconocida ladeó la cabeza y sonrió con descaro, dejando asomar dos largos colmillos por el labio superior. Alzó una de sus manos y se limpió la sangre que manchaba la comisura de sus labios, lamiéndose los dedos con parsimonia, saboreándola mientras la miraba. Adora sintió un vacío en el estómago que no supo identificar, una corriente que se extendió por su piel y bloqueó todo pensamiento cuerdo. Se le puso la carne de gallina.

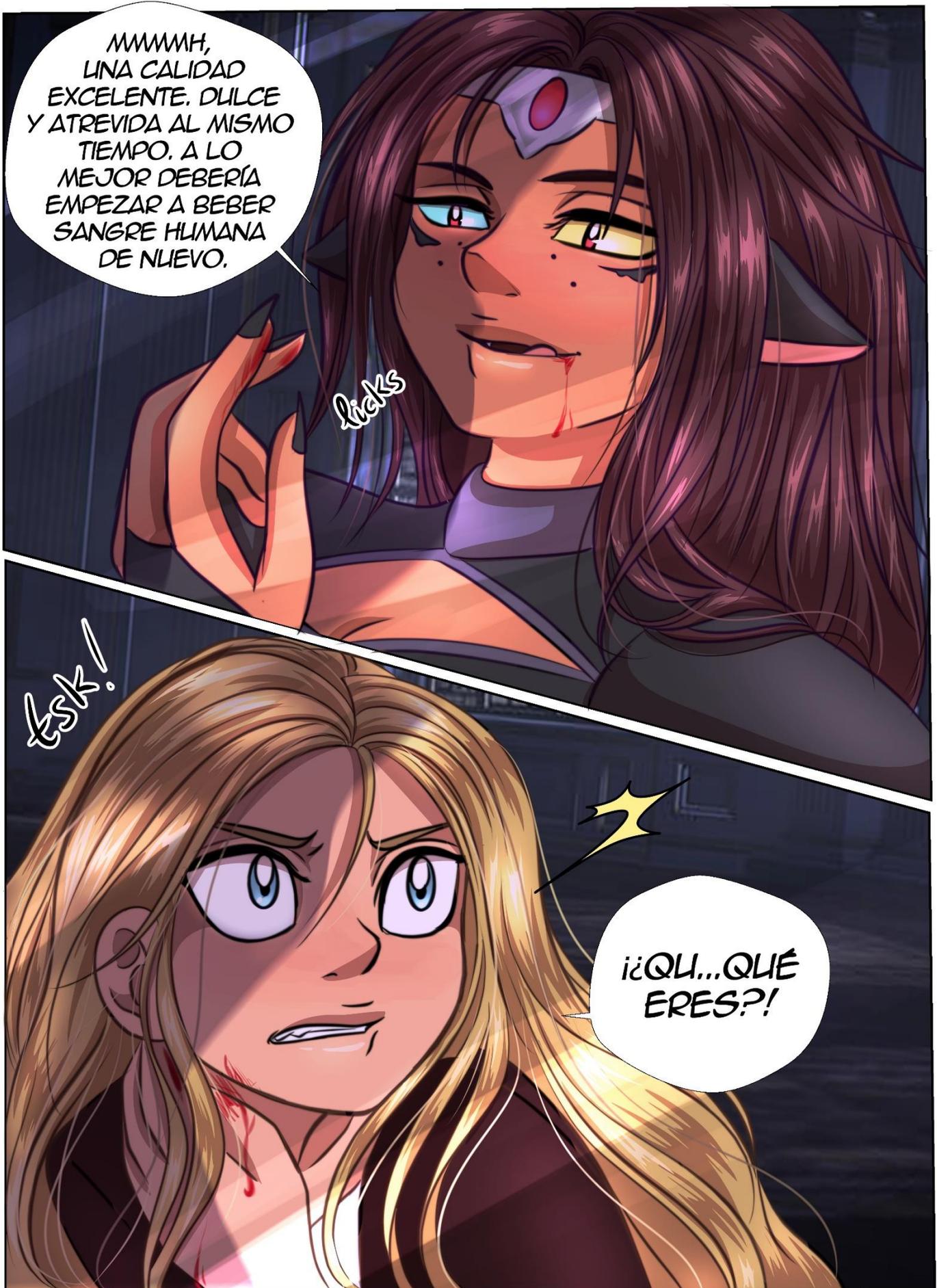
- Mmmmmh, una calidad excelente. Atrevida y dulce a la vez. A lo mejor debería empezar a beber sangre humana de nuevo- dijo mientras se relamía.
- ¡¿Qu...qué eres?!- preguntó Adora con un hilo de voz.

La muchacha se acercó con elegancia, como si bailara. Se inclinó hacia ella, aproximando su cara a la suya y la miró a los ojos con una sonrisa traviesa. Sus pupilas refulgían de un color rojo sangre.

- Soy tu nueva pesadilla favorita.

CONTINUARÁ





MMMMH,
UNA CALIDAD
EXCELENTE. DULCE
Y ATREVIDA AL MISMO
TIEMPO. A LO
MEJOR DEBERÍA
EMPEZAR A BEBER
SANGRE HUMANA
DE NUEVO.

Licks

tsk!

¡¿QU...QUÉ
ERES?!